

Globalización, Civilización, Americanización: cabos sueltos

Globalization, Civilization and Americanization: Loose Ends

Elpidio Laguna-Díaz
Rutgers, The State University of New Jersey (USA)
lagdiaz@andromeda.rutgers.edu

Abstract

This work is an exposition of the concepts of Globalization, Civilization, and Americanization as discussed in several works by US scholars. These studies present the same problems of conceptualization and historical synthesis that can be found in the work of scholars from other latitudes. For this reason the author refers to them as conceptual “loose ends” within the generality of their problematic treatment and use in different disciplinary contexts.

Key words

Globalization, Americanization, civilization.

Resumen

Este trabajo es una exposición de los conceptos de Globalización, Civilización y Americanización que está basado en algunos estudios sobre dichos conceptos escritos por investigadores estadounidenses. En su conjunto, exhiben los mismos problemas conceptuales y de síntesis histórica de que participan los colegas de otras latitudes. De ahí que el autor los designe como “cabos sueltos” dentro de la generalidad de la problemática que el empleo de dichos términos conlleva.

Palabras claves

Globalización, americanización, civilización.

Globalización

Por haberse constituido en un tema cotidiano, casi pedestre, la globalización o mundialización es considerada por muchos como un fenómeno resultante de leyes cuasi-naturales históricas. De ahí que se le atribuyan ciertas características derivadas de dicho fenómeno: un proceso inevitable, totalizador y autónomo que afecta (o está afectando) a todas las regiones y gentes del planeta. En otras palabras, un fenómeno homogéneo mundial que produce o está produciendo un cambio socio-cultural en todas las sociedades actuales, en unas antes que en otras, pero que acabará por imponerse de todos modos. Ante esta propuesta – llamémosla así –, el mundo académico universitario de muchos países ha respondido con entusiasmo, fundando centros y programas que giran en torno a “estudios globales”, de “governabilidad mundial”, etc., los cuales han legitimado no solo la existencia de dicho proceso de globalización como un hecho evidente, sino a modo de proyecto histórico “de la Humanidad” que puede y debe ser inevitablemente estudiado. Todo esto nos podría llevar a pensar, por lo demás, que asistimos a un fenómeno *sui generis*: por primera vez somos testigos y tenemos conciencia, en nuestro presente, en el presente, de un proceso histórico *mientras sucede*. Y no solo eso, sino que lo podemos abarcar conceptualmente en su totalidad. Estamos en primera fila. La globalización, se nos suele decir, “está sucediendo”, y lo que corresponde hacer es, por lo tanto, observarla y explicarla. Se trata de un fenómeno totalizador imparable, una “revolución” a la que hay que sumarse.

Pero no todo lo que se propone de esta forma ha llevado a un consenso científico interdisciplinar; ni siquiera intra-disciplinar. En este aspecto – fundamental para cualquier ciencia –, en lugar de una noción precisa, lo que se nos ofrece es una miríada de enfoques, perspectivas y explicaciones inconclusas que aturden por su número y confunden por los debates que provocan. En fin, nos encontramos con una madeja de hilos inconexos, de cabos sueltos.¹ Trataré de ilustrar el panorama general del tema exponiendo las tendencias más abarcadoras de esta literatura académica a través de algunos artículos publicados en los Estados Unidos que recogen, a su vez, el estado de la cuestión acerca de la globalización y temas relacionados. Por supuesto, como era de esperar, los estudiosos de las distintas disciplinas científicas han abordado la globalización desde las perspectivas de sus respectivos campos, con entusiasmo y no sin debates.

La globalización y las ciencias sociales

La problemática que presenta la globalización no parece despertar el mismo interés en

¹ Véase Elpidio Laguna-Díaz, “Las Nociones Civilizacionistas y la Historiografía: de los paradigmas a los cabos sueltos”. *Actas del III Congreso de Historia a Debate, 14-18 de julio de 2004* (Santiago de Compostela, 2009), 3 vols., Vol. 2, 317-322.

todas las disciplinas. En 2001 informaba el sociólogo Miguel F. Guillén que entre los años 1965 y 1999 la tabulación de los trabajos publicados en revistas académicas de los Estados Unidos que tocaban el tema de la globalización arrojaba los siguientes picos: en 1995 en *Antropología* se publicaron unos 30 artículos profesionales; en *Historia*, unos 150 artículos; en *Economía*, unos 1.300 en 1994; en *Sociología*, entre 1994-1995, más de 1.350; y en 1997 fueron registrados unos 690 libros totalmente dedicados al tema.² Sobre la pregunta ¿qué es la globalización?, dicho autor recogía no menos de once respuestas distintas de reconocidos sociólogos, economistas, geógrafos y politólogos. Acerca de la cuestión de ¿cuándo comenzó?, las respuestas oscilaban entre “el amanecer de la historia hasta el siglo dieciséis”, para unos autores, y el siglo veinte, para otros, pasando por el siglo diecinueve, para otros, justificando sus respuestas los distintos encuestados con razones sostenibles aunque parciales y diferentes. Los cinco grandes debates acerca de globalización serían para Guillén: 1) ¿está sucediendo realmente?; 2) ¿produce convergencia o diversidad social?; 3) ¿disminuye la autoridad de los Estados-Naciones?; 4) ¿es la globalidad diferente a la modernidad? (éste se considera el debate más difícil); y 5) ¿se está desarrollando una cultura global? En el cuarto de estos temas entraría el problema de las implicaciones para este tipo de estudios de términos como “post-modernidad”, “post-soberanías”; aunque el autor no incluye dentro de este enfoque los de “post-colonialismo” y “colonialidad”. El quinto tema hace que Guillén distinga entre “cultura” y “culturas”: “si por cultura se entiende un modo colectivo de vida, creencias, estilos, valores, símbolos, entonces [en lugar de hablar de una “cultura global”] solo podemos hablar de culturas, no de cultura.”³ A pesar de que se suele hablar del idioma *inglés* como idioma global, añade, habría que tener en cuenta que idiomas que fueron *lingua franca*, como el latín, sufrieron modificaciones sustanciales como fue el caso del surgimiento de las lenguas romances y, en Estados Unidos, la lengua fue acusando influencias del español y otras lenguas menos difundidas en los usos lingüísticos de los ciudadanos. La Sociología, para Guillén, sería la disciplina llamada a dilucidar todas estas problemáticas a través de una “una sociología comparada de la civilización” que pudiera dar razón de todas ellas, ya que la globalización no sería un fenómeno débil, sino que “está cambiando la naturaleza del mundo”, aunque tampoco “una fuerza civilizatoria invariable, ni destructiva”. El problema consistiría, concluye el autor, en que la Sociología necesita de más trabajo teórico para aclarar las dimensiones económicas, políticas, culturales y estéticas de la globalización y cómo interactúan unas con otras; y por si todo esto fuera poco, todavía se carece de perspectivas teóricas disciplinares para cerrar la brecha “micro/macro” en todas ellas.⁴

Podemos concluir por lo tanto que, para lograr una “sociología comparada de la civilización” (no dice el citado autor “civilizaciones”), la Sociología debería entrar en terrenos que son propios de la historiografía. Al menos, valerse de una infinidad de trabajos historiográficos escogidos por su seriedad científica, los cuales, cosa bastante difícil, se puedan adoptar como criterio básico para el desarrollo de esa labor teórica que pudiera explicar la

² Mario F. Guillén, “Globalization Civilizing, Destructive or Feeble? A Critique of Five Key Debates in the Social Science Literature”, *Annual Review of Sociology*, 27 (2001): 241 (235-60).

³ *Ibid.*, 254 (todas las traducciones en cita son mías, E.L.D.).

⁴ *Ibid.*, 255.

globalización desde la perspectiva de la Sociología. Estas dificultades disciplinares quizá expliquen el por qué, al abordar el tema intentando encuadrarlo dentro de un esquema “causa-efecto” historicista – el único que parecen conocer los sociólogos –, éstos, por lo general, recurren a sucesos históricos coyunturales (por ejemplo, el descubrimiento del Nuevo Mundo, y otros) a modo de determinantes históricos, o a nociones como los “tiempos eje” (“axial times”), o la teoría de “sistemas-mundo”, para explicar la globalización actual a partir de dichas premisas.

En efecto, de esta coyuntura de la Sociología, respecto al tema de la globalización, cabe decir en ánimo comparatista que es la misma con la que se topan los estudiosos de otras disciplinas, quienes proponen – aludiendo a la historiografía, o a los historiadores que se sienten atraídos por los problemas de la globalización – una estructuración teórica que sirva de base para una “historia global o mundial” y que permita orquestar las historias particulares dentro de una narrativa histórica que no sea ni “eurocéntrica” ni “universalista”. Pero dichos autores no se percatan de que el consecuente reto pluridisciplinar no lo podrán resolver por sí mismos; y que el problema, si es que tiene solución, necesitará de la colaboración de los especialistas de cada una de las historias particulares nacionales; una colaboración que desarrolle una historia inclusiva que tenga en cuenta dicha perspectiva y que dé como resultado una especie de “narrativa ecuménica”.

Dicha narrativa deberá contar, además, con la historia europea en toda su pluralidad de historias nacionales, además de con la historia estadounidense, la cual, a su vez, no debería verse sólo con una luz que destacara su carácter hegemónico, sino también como parte del proceso global. Dicha “historia global” requeriría, por supuesto, de un larguísimo periodo de gestación teórica, metodológica, estructural y narrativa, que fuese capaz de suscitar no solo consenso dentro del campo de la historiografía, sino igualmente el consenso y la colaboración de las demás ciencias humanas. Solo así se podría alcanzar el objetivo de una “historia global” que tuviera, entre otros fines, el de la educación de las nuevas generaciones “del siglo veintiuno y de la era informática”. Se trataría de una “historia global” que se caracterizaría por ser “presentista”, esto es, sin un pasado que se pudiera apropiarse globalmente, pues debería dar cabida a todas las historias particulares o regionales – inmodificables, precisamente, por ser pasado – y que tendría que crear un sujeto histórico y una hermenéutica histórica de acuerdo con las pautas que se le imponen a tal proyecto. Tal proyecto, con todo, no dejaría de ser “occidental”, porque el campo referencial histórico para todas las historias particulares sería el de la “modernidad”, que es “occidental” y que se expresa mejor, para muchos, bajo la etiqueta de la “americanización”. El discurso de esa “historia global” sería la narrativa de la “Humanidad” en dirección a la modernidad, una modernidad que, encarnada en los países occidentales, no interferiría en la expresión histórica de otros pueblos y culturas, pero las haría inútiles, decorativas, irrelevantes.⁵ Por otro lado, Michael Geyer y Charles Bright, intentando abrir brecha en la espesura de puntos de vista y sosteniendo que al final del siglo veinte no nos encontrábamos ante una única y universal modernidad, proponían que se vea el mundo actual como un mundo integrado “de

⁵ Véase Thomas Molnar, *The Emerging Atlantic Culture* (New Brunswick, London: Transaction Publishers, 1994), 50.

modernidades múltiples y que se multiplican”. Según ellos, lo que hace falta es re-pensar las estrategias de la narrativa histórica para dar sentido a los procesos de “integración global y diferenciación local” en los que nos vemos envueltos. Ello requeriría, sin embargo, una imaginación histórica nueva que sea capaz de articular ese mundo de múltiples modernidades, “narrar y pensar la historia de *este* mundo y cómo ha llegado a constituirse en una realidad”.⁶

Ha señalado Duncan A. Bell, entre otros, que “la globalización es el concepto más indeterminado, multívoco y popular que haya surgido para comprender la supuesta transformación del orden mundial a comienzos del siglo veintiuno.”⁷ Ahora bien, aunque no existe consenso interdisciplinar para identificar dicho fenómeno, sí han surgido cuatro tendencias generales que se toman como tesis o puntos de vista, interpretaciones históricas que – conscientes o sublimadas – dan forma al discurso sobre la globalización. A saber: 1) el de la *Novedad*, que sostiene que la globalización no tiene parangón en ningún hecho del pasado y, por lo tanto, es un fenómeno nuevo; 2) el del *Retorno*, que entiende el mundo contemporáneo como una etapa histórica que repite procesos del pasado, particularmente condiciones de orden político y económico que se dieron antes de la Primera Guerra Mundial; 3) el de la *Continuidad*, que mantiene que en política y en economía no se dan cambios radicales sino cambios lentos; y, 4) el de *Transformación*, que cree que la globalización viene como resultado de cambios y tanteos a lo largo del tiempo, y que su manifestación actual es solo un cambio cualitativo profundo, nada más.⁸ Sostiene Bell que estas cuatro posturas definen los parámetros del discurso académico sobre la globalización pero que, por estar dominados por asuntos de economía política internacional actual, sus referentes históricos son frecuentemente superficiales. De lo que carecen estas perspectivas, apunta, es de “*sentido histórico*”, de la capacidad de plantearse la pregunta de cómo ha surgido este presente, sin lo cual no tendrán nunca, ni podrán ofrecer, un conocimiento abarcador de la historia.⁹

El libro de Hopkins, que reseña Bell, entiende que ha habido varias “globalizaciones” en la historia. Dicho autor ve el referido trabajo como una útil “agenda programática” para los historiadores ya que propone cuatro nociones que los autores que participan en dicha obra se encargan de desarrollar. Primero, la de globalizaciones “*arcaicas*”, que cubren todos los periodos anteriores a la era de la industrialización y el surgimiento del estado moderno. Ésta es la categoría más problemática ya que trata acerca de cómo emergieron tendencias expansionistas en distintos enclaves culturales alrededor del mundo. En segundo lugar, una “*proto-globalización*”, fenómeno que se refiere al periodo 1600-1800 en el que las instituciones económicas y políticas comenzaron a transformarse en muchas partes del mundo, surgieron nuevos estados y comenzaron a desarrollarse de forma masiva el comercio, la manufactura y las industrias. Fue el

⁶ Michael Geyer, Charles Bright, “World History in a Global Age”, *The American Historical Review*, [vol.] 100, 4 (October 1995): 1058 (1034-1060).

⁷ Duncan S. Bell, “Review Article: History and globalization: reflections on temporality”, *International Affairs*, [vol.] 79, 4 (2003): 801(801-814). Reseña de los libros: *Globalization in World History*, ed. A. G. Hopkins (London: Pimlico, 2002) y *Global Metaphors and the quest for one world*, by Jo-Anne Pemberton (London: Pluto, 2001).

⁸ Duncan S. Bell, “Review Article...”, 804-5.

⁹ *Ibid.*, 813.

momento de la expansión occidental y, como dice uno de los colaboradores del libro, la década de 1760-1770 fue una “década de globalización” – a lo que añade Bell que, en efecto, la Guerra de los Siete Años (1756-63) fue la “primera verdadera guerra global”. En tercer lugar, una “globalización moderna” que se desarrolló junto a la formación del estado moderno, el nacionalismo y un capitalismo industrial desbocado. Las nuevas tecnologías, compartidas por las naciones europeas y los Estados Unidos, facilitaron el expansionismo imperialista de fines del siglo diecinueve y principios del veinte. Distinta a la examinada por Bell es la propuesta de proyección histórica de Dennis O. Flynn y Arturo Giráldez, quienes sostienen que el interés por una historia mundial (alentado por instituciones como la “World History Association”) conduce a resaltar el papel histórico y multiseccular de las relaciones y contactos a larga distancia entre pueblos del entorno Afro-Euroasiático (“Viejo Mundo”). Dichos autores, sin embargo, añaden que esto no se debería calificar de “globalización”, puesto que dichas transacciones no incorporaban al mundo entero la verdadera globalización; sino que ésta habría comenzado, afirman, cuando se conectaron el “Viejo” con el “Nuevo Mundo”, concretamente en el año 1571, cuando el puerto de Manila enlazó comercialmente a ambos entornos geopolíticos.¹⁰

El panorama de la globalización en los campos de la Economía y las Ciencias Políticas respira una atmósfera disciplinar muy distinta. Los economistas y los politólogos se ocupan preferentemente del presente, de modo que la modalidad presentista les viene como anillo al dedo. Su trabajo con sucesos y asuntos del mundo contemporáneo provee a ambas disciplinas de un sentido de la actualidad desde el cual enfocar sus estudios. La Economía (que se lleva la palma en cuanto a cantidad de publicaciones) casi se ha convertido para muchos en una especie de *Economia Magistra Vitae*. Son economistas y politólogos (especialmente los “internacionalistas”) los más publicados y consultados por políticos, estrategas de profesión, banqueros y altos ejecutivos de corporaciones transnacionales.¹¹ Son, además, los que pueblan los famosos “Think Tanks”. Por lo general estos autores hablan de fluctuaciones bursátiles, de las variantes en los mercados, de las decisiones políticas que afectan esos ámbitos y de un largo etcétera de temas relacionados. Para éstos, en general, la globalización es un hecho y un proceso vivo en el presente. Su preocupación tiene que ver más con los aspectos fenoménicos de la economía y política internacionales que con el desarrollo histórico de los sistemas hegemónicos que los sustentan y que son realidades envueltas en procesos también históricos. Hablan, por ejemplo, de la deuda de los Estados-nación (incluido Estados Unidos), pero no de quien es el destinatario de esas astronómicas sumas de dinero que deben los Estados (ciertamente tiene que ser a “alguien” que está muy por encima del Estado), ni de quien las debe satisfacer.

Civilización

¹⁰ Dennis O. Flynn, Arturo Giráldez, “Globalization began in 1571”, en *Globalization and Global History*, Barry K. Gills and William R. Thompson ed. (London, New York: Routledge, 2006), 208-222 (288).

¹¹ Véase, por ejemplo, los informes, “Global Trends 2015: a dialogue about the future with nongovernmental experts”, *National Intelligence Council*, Washington D.C., (December 2000), 89 pgs.; y “Global Trends 2025: a transformed world”, *NIC* (November 2008), 99 pgs. (www.dni.gov/nic/NIC_2025_project.html) (acceso, 19-5-2012).

El término *civilización* y los conceptos que lo han sostenido constituyen, para los propósitos de una investigación interdisciplinar, otro cabo suelto comparable al de *globalización*. Aunque tiene más larga trayectoria histórica y de empleo que el término *globalización*, carece de una definición que suscite un consenso en las ciencias humanas. También se confunde con el término *cultura*. Esto ha hecho que de la búsqueda de una definición se haya pasado a procurar un consenso sobre lo que la mayoría de los investigadores pueden aceptar como elementos, estructuras, procesos, en fin, características generales de dichos fenómenos históricos. Del mismo modo los investigadores de las diversas disciplinas utilizan el término siguiendo alguna variante de las muchas que se han propuesto, digamos, desde Guizot hasta Elias y desde Toynbee a Braudel. El politólogo lo emplea de una manera, el sociólogo de otra, y así sucesivamente. De este modo se ha llegado a hablar de “civilización” y “civilizaciones” obviando esa falta de consenso en su definición, de modo que la utilidad y aplicación del término hacen caso omiso de dicha falta de consenso. Aun así no quedan resueltos todos los problemas porque todavía se suscitan debates acerca de cuáles son o deben ser las “características” fundamentales necesarias para un uso razonable del término y para poder estudiarlo como objeto de conocimiento efectivo.

Las civilizaciones, por ser procesos que se tiene lugar en una extensión de tiempo histórico dilatado, parecen explicables entendiéndolas como fenómenos de “larga duración” (Braudel); de ahí que se requiera del investigador (no importa de qué disciplina proceda) una *macroperspectiva* histórica. En su momento, Matthew Melko, refiriéndose al modo de estudiar las civilizaciones, señaló que los estudios “civilizacionistas” tienen mucho en común con la *Historiografía*; pero que lo tienen de una manera particular porque implican no tanto el hecho de *escribir historia* como “la combinación de historia, sociología, antropología y filosofía”¹² y, además, incluyen otras disciplinas como la arqueología y la etnohistoria. Se trata, por lo demás, de historia comparada, puesto que cada civilización tiene su propia historia. Conviene señalar, a pesar de esto, que el estudio de las civilizaciones no debe confundirse con la “Historia Mundial”, la “Gran Narrativa” o la “Historia Total o Global”, aunque hay civilizacionistas que así lo consideran, como por ejemplo quienes ven la historia de todos los pueblos como el desarrollo de una “Civilización Central” que ha ido absorbiendo a las otras. Melko propuso una serie de características para las civilizaciones en general, una lista que es aceptada por la mayoría de los civilizacionistas. Las civilizaciones, nos dice el autor:

- 1) Son culturas extensas y complejas que tienen una historia definida.
- 2) Habitualmente incorporan varias culturas y lenguas.
- 3) Son relativamente avanzadas tecnológicamente, construyen ciudades y desarrollan algún tipo de escritura.
- 4) Tienen un grado o nivel de integración: “sus partes se definen por su relación unas con otras y con el todo que la compone”.
- 5) “el grado de integración que exhiben variará de una civilización a otra, y de tiempo en tiempo. Algunas veces las partes se encontrarán tan estrechamente

¹² Matthew Melko, *The Nature of Civilizations* (Boston: Porter Sargent, 1969), 3.

relacionadas, que un cambio en una de ellas afectará a las demás tanto en su geografía como las ideas y las actitudes. Otras veces estarán tan débilmente relacionadas entre sí que un cambio en alguna parte tendrá poco o ningún efecto en las otras.

6) Las civilizaciones cambian; la integración perfecta nunca se logra.

7) Se componen de una multiplicidad de *sistemas integrados* de gobierno, industriales, agrícolas, técnicos, económicos, etc., o de *patrones*, como lo son los sistemas artísticos, filosóficos, religiosos...

8) Cuando las civilizaciones se componen de varias naciones y/o culturas, entre estas partes se produce un intercambio de modos de vida que persisten en el tiempo y que se refuerzan mutuamente aun cuando la civilización sea objeto de cambios.

9) Las civilizaciones, por todo esto, podemos decir que tienen, unas con otras, fronteras en el tiempo (histórico) y en el espacio (geográfico).¹³

Algunas de estas características de las civilizaciones propuestas por Melko sirvieron a Samuel P. Huntington para elaborar su noción de civilización y de civilizaciones, si bien éste adoptó las religiones como elemento principal de las civilizaciones, siguiendo a la mayoría de los civilizacionistas clásicos, quienes destacan este aspecto como elemento central de todas ellas. El éxito internacional, de los ensayos y del libro de Huntington,¹⁴ debido a todas las polémicas que ha suscitado, ha popularizado el término “civilización” de tal forma que suele empleársele prescindiendo de todos los problemas que el estudio de tales fenómenos acarrea, de forma análoga a como se emplea el término globalización. Huntington partió de una noción de civilización bastante bien asentada, pero, a mi juicio, dejó la puerta abierta a la crítica en dos aspectos fundamentales: 1) por un lado, al explicar los choques inter-civilizacionales dejando la impresión de que son los únicos¹⁵ (cosa que nunca mantuvo, pero que le han criticado muchos) y, por otro, al adoptar la noción de “fallas geológicas” – reminiscencia de los también mal planteados “istmos” civilizacionales de Fernand Braudel – para encuadrar las “fronteras” entre las civilizaciones; y 2) el segundo punto débil de Huntington fue el aludir a la civilización occidental como una civilización “cristiana” en lugar de “secular”, que la define mejor. Huntington, desde una perspectiva cultural estadounidense que se entendía como “cristiana”, en su libro *“Who are we? The Challenge to America’s Identity”*,¹⁶ ve un resurgir religioso global – excepto en Europa –, fenómeno que, según él, va poniendo en retirada al secularismo moderno. Pero no saca de esto mayores conclusiones, que deberían seguirse desde una perspectiva

¹³ *Ibid.*, 8-10.

¹⁴ Samuel P. Huntington, “The Clash of Civilizations?”, *Foreign Affairs*, [vol.] 73, 2 (1993): 22-49; “If not Civilizations, What? Paradigms of the Post-Cold War World”, *Ibid.*, 72, 5 (1993): 186-194; y *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* (New York: Simon & Schuster, 1996).

¹⁵ Entre muchos otros, me refiero al artículo de Errol A. Henderson, Richard Tucker, “Clear and Present Strangers: The Clash of Civilizations and International Conflicts”, *International Studies Quarterly*, [vol.] 45, 2 (June 2001): 317-338.

¹⁶ Samuel P. Huntington, *Who Are We? The Challenge to America’s Identity* (New York: Simon & Schuster, 2004), 355-357.

civilizacional. Por ejemplo, ¿por qué Europa, parte fundamental del “Christian West”, permanece al margen de ese resurgir religioso y qué implica eso para sus planteamientos? Baste esto como muestra de los cabos sueltos sobre la noción de civilización, laguna que no es exclusiva de Huntington sino que salta a la vista en el modo en que todas las disciplinas manejan dicho concepto.

Americanización

La “*Americanización*” es otro término que comparte la falta de rigor conceptual con el de globalización y, en consecuencia, provoca la misma falta de consenso sobre su empleo y extensión entre las distintas ciencias sociales, a pesar de que todo el mundo entiende por el mismo la influencia que tienen los usos y costumbres, las ideas políticas, el poder militar o el impacto comercial estadounidenses en otras sociedades y culturas del mundo. Desde un tipo de perspectiva crítica muy extendido se habla de “MacDonaldización” o de “Coca-colonización” como sinónimos de “americanización”, pero ninguno de esos términos forman parte esencial de la cultura estadounidense. En Estados Unidos nadie se “americaniza” por consumir esos productos, como tampoco se “mejicana” por celebrar el “Cinco de Mayo” tomando cervezas mejicanas, de amplio consumo en el país, mientras se disfruta de un partido de béisbol ese día. Subrayaba en su día Samuel P. Huntington que consumir productos de origen occidental (estadounidenses) podía, acaso, occidentalizar ciertos usos de manera superficial, pero de ahí a pensar que dicho usos en muchos países indicara que se iba hacia una “cultura global”, había mucha distancia, lo que convertía dicha premisa en algo “arrogante, falso y peligroso”.¹⁷ Donde se producen cambios culturales, continuaba, es en la religión, los valores, las tradiciones, las costumbres, y en el lenguaje.

La proyección interna y la externa de la Americanización

En un trabajo previo me referí a la distinción entre una Americanización *interna* a los Estados Unidos dirigida a los inmigrantes y otra *externa* que afectaba a otros países y culturas.¹⁸ La americanización *interna*, la que se da en el proceso del desarrollo del propio país, era ya una cuestión crucial en 1797 para John Jay, pues la adopción del lema inscrito en el Gran Sello de los Estados Unidos, *E Pluribus Unum*, implicaba a la vez diversidad cultural y unidad nacional. Los primeros dibujos del Sello sometidos al Congreso representaban un escudo que contenía otros escudos con las siglas de cada uno de los trece estados, que a su vez eran rodeados por otros escudos con los símbolos de las etnias de su población originaria: Inglaterra (la rosa), Irlanda (el

¹⁷ Samuel P. Huntington, “The West: Unique, not Universal”, *Foreign Affairs* (November/December 1996) (www.foreignaffairs.org/19961101faessay423/samuel-p-huntington/the-west-unique...).

¹⁸ Elpidio Laguna-Díaz, “Americanización/Globalización/Anglobalización”, *El Cotidiano*, [vol.] 20, 129 (2005) Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México D.F., México: 17-18 (16-21). (www.elcotidianoenlinea.com.mx/indice129.html).

arpa), Francia (la flor de lis), Holanda (el león), Alemania (el águila bicéfala) y Escocia (el cardo). De modo que, desde sus orígenes, el pensamiento estadounidense entendió la americanización como una condición necesaria para la consolidación política y social de su república. La americanización de las etnias europeas establecidas en los nuevos estados federados eran todas nor-europeas y las inmigraciones que continuaron llegando en los primeros sesenta años después de la independencia continuaban procediendo principalmente de aquellas regiones. El desplazamiento de estos grupos de inmigrantes hacia el interior del país (el Territorio Noroeste desde las montañas Apalaches hasta el río Misisipí) partía de los puertos de Boston, Nueva York y Filadelfia dando lugar con ello a un mercado siempre en crecimiento y expansión para los bancos, las fábricas y comercios de los respectivos estados en los que se ubicaban esos puertos. La americanización de las nuevas generaciones de jóvenes hijos de inmigrantes fueron parte de un proceso expansivo de ocupación territorial, de aumento poblacional y de un proceso de aculturación a cuyo éxito contribuyeron la prensa, las escuelas, el transporte terrestre (trenes desde 1829-30), marítimo y fluvial, y las comunicaciones (correos, telégrafos, prensa) a lo largo de todo el siglo diecinueve y hasta el día de hoy.¹⁹

Las características de la americanización interna ya las proclamaban los editores de *The American Whig Review* en 1847: la heterogeneidad de las razas (entendidas como culturas nacionales europeas) integradas en una raza nueva, proceso que es señal inequívoca del “universalismo o interés general que marca nuestro Destino”, “una nación, hablando una sola lengua, regocijándose en una Constitución común, honrando los mismos nombres (de próceres), los mismos grandes sucesos nacionales”.²⁰ En el informe de 2008 dirigido al presidente George W. Bush, firmado por el Secretario de “Homeland Security”, Michael Chertoff, se dice que la religión y la cultura son asunto de los individuos, “diversidad” que se respeta; pero al abogar por la asimilación del inmigrante, no se tienen en cuenta esos elementos “para definir la comunidad política”. La “identidad americana”, reza el informe, es *política* y se compone de tres elementos claves: 1) el abrazar los principios de la democracia americana; 2) el identificarse con la historia de los Estados Unidos; y 3) el “comunicarse en inglés”.²¹ La religión y la cultura del inmigrante cambiará, como es natural, si no debido a una asimilación asumida por el individuo, ciertamente sí comprobable desde la primera generación de sus hijos y las subsiguientes. El inmigrante que se integra a la sociedad estadounidense, podemos pensar, pasa por procesos de cambios y ajustes religiosos, culturales y lingüísticos que constituyen su americanización. Americanización significa *aculturación*, a pesar de que se la proclame como *asimilación*, término más “suave” que parece dotado de una carga positiva en cuanto a “nacionalidad”.²² En ese sentido, aunque se

¹⁹ Después de la Guerra de Secesión o Civil (1861-1865) se sometió a los niños y jóvenes de los estados del Sur a un intenso proceso de americanización por medio de las escuelas públicas, las religiosas y otros medios; especialmente a los de cultura francesa.

²⁰ Sin autor, “The Destiny of Our Country”, *The American Whig Review*, 3 (March 1847): 233 (231-239).

²¹ “A Report to the President of the United States from the Task Force on New Americans”. U.S. Government Printing Press (2008), 1-67. El “Task Force” lo componían todos los Secretarios de los distintos Ministerios gubernamentales.

²² Véase James R. Barret, “Americanization from the bottom up: Immigration and the remaking of the working class in the United States, 1880-1930”, *The Journal of American History*, Discovering America: A special issue, [vol.] 79, 3 (December 1992): 996-1020.

defina oficialmente americanización como un aspecto político, la sociabilidad entre inmigrante-ciudadano y medio social se encarga del cambio cultural.

Desde una perspectiva histórica cabe señalar varios aspectos que suelen darse por supuestos en la americanización, cuando no lo son. La “comunidad política”, que es la nación que desde su fundación proclamó la separación entre Iglesia y Estado, no puede ser identificada con ninguna religión. Es, desde sus comienzos, una “comunidad política” *secular*. El lema, por ejemplo, “In God We Trust” que aparece en edificios, monumentos, en monedas y en el dólar, emplea el término “Dios” de manera nominalista y fue redactado por *deístas*; pero el término en sí no alude a ninguna religión, sino, a lo sumo, a un “algo” que cada cual puede entender a su manera. De igual manera se suele decir que la cultura estadounidense es “Protestante”, término que tampoco quiere decir nada específico. En los Estados Unidos se estima que hay más de treinta y tres mil denominaciones o sectas “cristianas” distintas, ninguna de las cuales puede proclamarse “nacional” ni se le puede atribuir a ninguna de ellas el ser elemento formativo de la cultura estadounidense en general. La gran mayoría se originan a partir de la segunda mitad del siglo diecinueve. Ahora bien, el proselitismo sectario, o relativo a la denominación, de todas ellas, a través de sus escuelas, las ha convertido, independientemente del gobierno, en agentes de americanización, tanto en el modo interno como en el externo (las “misiones”). La falta de una Iglesia o religión nacional, la suple lo que algunos han llamado “religión civil”, la premisa de ser “americanos”, estadounidenses. Por lo mismo, la “libertad religiosa” implica que el pueblo no se identifica con religión específica alguna sino a través las leyes de la nación. La “religión civil” del estadounidense es su nación y sus instituciones, ése es su “culto” principal. Para el gobierno federal y los estatales esa pluralidad infinita de religiones es una ventaja a la hora de gobernar, pues sobre todas ellas se impondrá la ideología y la legislación secular como la más equitativa.

La proyección *externa* de la americanización – esto es, la influencia e injerencia de la cosmovisión y cultura estadounidense en otros pueblos y sociedades – tiene también sus factores y desarrollos históricos identificables. Por un lado, podríamos comenzar con el periodo pre-independencia o colonial donde algunos habitantes de las colonias comienzan a comunicarse con individuos de fuera del territorio de las Trece Colonias, principalmente europeos e hispanoamericanos. Por otro lado, podemos partir de los contactos que desarrollaron los Padres Fundadores (Adams, Franklin, Jay, Jefferson, y demás) con sus homólogos también en esas regiones del mundo, ya por el hecho de que pertenecerían a la masonería, ya por intereses provocados por la curiosidad científica, o bien por afinidades ideológicas y políticas. El texto y la ideología de la constitución estadounidense influyeron pronto en la redacción de los textos de las constituciones republicanas de muchos países a la hora de establecer gobiernos luego de las guerras de independencia.

Podríamos extender la lista muchísimo más, pero someteré a consideración solo algunos aspectos de la americanización externa que ilustran su origen y mecanismos. Si observáramos un mapa político de los cuarenta y ocho Estados contiguos (“continentales”) de la Unión, notaríamos que casi el 96% de las fronteras interestatales (la frontera norte con Canadá incluida) son, prácticamente, líneas rectas. Ello implica que la división o segregación política de los

Estados Unidos fue trazada en los escritorios del Congreso, es decir, constituye un texto. No responde por tanto a procesos sociales, sino al hecho de que los territorios o posesiones territoriales y “coloniales” del gobierno federal fueron accediendo a la a su condición de estados de acuerdo con un plan, un proyecto histórico “*from sea to shining sea*”.²³ Durante todo el siglo diecinueve el proceso de expansión poblacional nutrido por la inmigración y por el desplazamiento de grupos ya americanizados continuó fluyendo hacia el oeste sobre una geografía que no ofrecía obstáculos insalvables, y la resistencia indígena solo se tornó problemática para estos desplazamientos cuando se alcanzaron las grandes praderas del oeste en que el indio montaba a caballo. Contra ellos se desplazó la caballería del ejército para proteger a los pobladores y asegurar las fronteras. Legalmente se bregó con las tribus y naciones indígenas como “naciones”. De ese modo las relaciones con el gobierno federal quedaban bajo las formas del derecho internacional y no bajo las del país. El “California Gold Rush” (1848-1855) se encargaría de sellar el destino de las “naciones” indígenas del oeste. A los desplazamientos de la población, siempre en rápido crecimiento, les seguía la prensa, el telégrafo, los predicadores, los ferrocarriles, las armas, las provisiones y todo un sistema mercantil, bancario... Muchos de los nuevos pueblos pronto se convertirían en grandes ciudades que servían de eslabones en la cadena de la expansión intra-continental. Desde el comienzo del mismo siglo y aun antes, se fueron constituyendo las llamadas “dinastías americanas”, las de la banca, la industria, la política, el comercio, la industria agraria, la prensa, la armada (Annapolis), el ejército (West Point), que controlaron (y continúan controlando) los procesos políticos del país. La Guerra de Secesión fue una guerra verdaderamente industrial, en la que no solo se destruyó la economía agraria del sur, sino en la que se generaron fortunas inimaginables en la fabricación de armas, municiones, trenes, barcos de vapor, y se incorporó a la prensa periódica el arte fotográfico, la guerra, sus muertos, que se podían ver desde la mesa del café local en Boston, en Chicago...

La idea de la doble predestinación luterana y calvinista, que propone una salvación o una condena del individuo determinada por Dios desde la eternidad, que sería llevada al Nuevo Mundo por los puritanos, oponía a la comunidad de los condenados la comunidad de los salvados, quienes, por ser los verdaderos hijos de Dios, también heredaban la Tierra creada para ellos. Los salvados o “santos”, debían hacerla fructificar y así disfrutar las bendiciones que Dios había destinado para ellos. El único modo de sortear la desdicha de vivir junto a los condenados, era controlarlos para que no echaran a perder su herencia. De aquí surgió la idea de construir una Nueva Jerusalén o la “Ciudad sobre la loma” donde vivirían los elegidos. De parte de los deístas, con poca o ninguna convicción religiosa, su fe en el progreso de la ciencia y de la humanidad basados en “la Razón” sería un objetivo que solo se conseguiría rechazando todas las trabas que atenazaban a los gobiernos europeos; y el lugar llamado a ser la culminación de la civilización serían los Estados Unidos, la joven república. Coincidían, así, creyentes y no creyentes, en que su nación representaba y encarnaba un *Novus Ordo Seclorum*. Esta coincidencia ideológica, pronto se convirtió en mito nacional que se expresó y se reafirmó a lo largo del siglo diecinueve, hasta hoy. John O’Sullivan lo expresó cabalmente en su artículo “Annexation” donde defendía la

²³ Podríamos comparar y contrastar, también en un mapa político, las fronteras de las repúblicas de Centro y Sur América con las de los Estados Unidos para visualizar procesos diferentes.

anexión de la República de Tejas a la Unión y declaraba como inminentes la de California y Oregón, precisamente por la gravitación hacia la patria estadounidense de sus poblaciones mayormente estadounidenses. Protestando la intromisión de Inglaterra y Francia en los asuntos internos del país (sobre la anexión de Tejas), O'Sullivan decía que estas naciones pretendían “desviar nuestra política, obstruir nuestro poder, limitando nuestra grandeza y obstaculizando la plenitud de nuestro *destino manifesto* para cubrir el continente designado por la Providencia para el desarrollo de los millones nuestros que se multiplican anualmente.”²⁴ Y, reafirmando la Doctrina Monroe, igualmente el autor criticaba al Ministro de Exteriores francés (François Guizot) por querer imponerle a Estados Unidos la doctrina del equilibrio mecanicista europeo cuando ni siquiera había, aseguraba, crecimiento (desarrollo) en la América Española.

Estos procesos y este tipo de ideología dieron paso a la consolidación de cuatro creencias tradicionales o mitos (dos de ellos tocantes a la autopercepción del país y dos relacionados con la política exterior) que Robert L. Beisner identifica de esta forma: 1) la creencia en que Estados Unidos tiene una “Misión” especial en la historia de la Humanidad, y no solo la de poblar la tierra sino también la de crear una nación libre y un modelo o estilo de vida que sería mejor que cualquier otro anterior, creencia que les haría verse a sí mismos como superiores a los demás pueblos y modelos para el resto del mundo; 2) el “aislacionismo”, derivado de lo anterior y practicado como principio político, que protegería de influencias y embrollos con la política de otros países y evitaría la contaminación del “Experimento Americano” por parte de los usos y costumbres decadentes de Europa; 3) la “Doctrina Monroe”, corolario del aislacionismo, que en 1823 había sido una política audaz al proclamar la no-intervención en asuntos americanos hemisféricos a las potencias europeas, y que se convirtió en un principio sagrado a partir de la crisis fronteriza de Venezuela en 1895; y 4) la política de “Puertas Abiertas” (“Open Door Policy”) desde John Jay (Padre Fundador) hasta John Hay (Secretario de Estado del Presidente McKinley) en la firma del Tratado de París de 1898, que abría la proyección imperialista estadounidense con la adquisición de territorios insulares extra-continetales. De esta última dirá Beisner que fue una política exterior ininterrumpida en la que los secretarios de Estado, de Guerra, de la Armada, se sabían obligados a mantener las puertas del comercio y de los mercados extranjeros abiertas a los intereses estadounidenses.²⁵ Primero el expansionismo territorial, vertiginoso e imparable, que llevó a la compra de Alaska (1867), se canalizó a fines del diecinueve en la proyección imperialista estadounidense. Después, tras la Guerra de Secesión, los granjeros demandaron mercados para vender sus excedentes de cereales, sus carnes, transportes más baratos. También surgieron los llamados “Robber Barons” o “capitanes de la industria”, magnates como Cornelius Vanderbilt, quien acaparó todo el sistema ferroviario del país (el primer tren transcontinental se terminó en 1869), o John D. Rockefeller con el petróleo, o Andrew Carnegie con la explotación y fundición del hierro, o J.P. Morgan con la banca ... Y así en treinta años se había establecido el mundo de la economía de las grandes corporaciones,

²⁴ John O'Sullivan, “Annexation”, *United States Magazine and Democratic Review*, [vol.] 17, 1 (July-August 1845): 5-10. Cito por: <http://web.grinnell.edu/courses/HIS/f01/HIS202-01/Documents/OSullivan.html>.

²⁵ Robert L. Beisner, *From the Old Diplomacy to the New, 1865-1900* (Illinois: Harlan Davidson Inc., 1986, second ed.), 7-12.

caracterizado por una avaricia desmedida, insaciable, con su secuela de “consolidaciones” (“mergers”), de corrupción de los servidores públicos, de los políticos, y de las inversiones en el extranjero, que pronto se extendió al resto del mundo. Uno de los sucesos más aleccionadores de todo este proceso lo fue el que John Hay llamó “la guerrita espléndida” de 1898-1901, la Guerra Hispano-Cubano-Americana a la que muchos historiadores atribuyen el surgimiento de Estados Unidos como potencia mundial. Los países europeos y algunos asiáticos como la China y el Japón comenzaron a imitar los sistemas y patrones estadounidenses en la industria, en las comunicaciones, en el derecho administrativo, en el arbitraje comercial, los modos de producción y de administración de empresas, en los deportes...

En 1902 William H. Stead publicó en Inglaterra *The Americanization of the World, or the Trend of the Twentieth Century*, donde se recogían las características principales de la americanización²⁶. Stead instaba a Inglaterra a unirse al proceso encabezado por Estados Unidos que preconizaba la hegemonía mundial de la raza anglo-sajona y el idioma inglés. Los Estados Unidos, decía, habían entrado en una nueva fase de su expansionismo territorial con la adquisición de territorios insulares extra-continetales poblados de razas mixtas (“mongrel”) de un alcance estratégico y comercial de tal calibre que lo ponían en situación ventajosa ante las demás potencias mundiales. Dado el desarrollo portentoso de sus industrias, corporaciones, “trusts”, su ciencia, su población y sus recursos, era de esperar que continuaran esa expansión hacia el resto del mundo, ya que su expansionismo continental a lo largo del siglo diecinueve había sido solo la fase preliminar de lo que cabría esperar del dinamismo estadounidense en todos los campos. Inglaterra, pues, debía unirse a ese país y lograr una alianza para la que una comunidad de factores predisponía a ambas potencias. Los pueblos de la misma raza y lengua, decía, tienden hacia la unión, especialmente en el nuevo siglo veinte donde los medios de comunicación y la eficiencia de la transportación habían achicado el tiempo y el espacio. Contemplaba Stead la formación del “imperio del mundo por los pueblos anglo-parlantes” que llegarían a formar la entidad política de los “Estados Unidos del Mundo Anglo-parlante”.

El libro de Stead se agotó enseguida y provocó en toda Gran Bretaña toda clase de comentarios, sacudiendo, en consecuencia, a la opinión pública al igual que sucedía en Estados Unidos con las polémicas entre “imperialistas” y “anti-imperialistas”, donde el libro “best seller” de Henry Adams (de la dinastía familiar de los fundadores Adams), *The Law of Civilization and Decay*, postulaba que el imperio tenía una traslación de Este a Oeste por el hemisferio norte del planeta lugar donde habitaban las razas privilegiadas. En Inglaterra las razones que se alegaban en favor del acercamiento británico-estadounidense correspondían con las de la opinión pública, las clases altas y la intelectualidad de los Estados Unidos. Los argumentos “racionales” se basaban en teorías de “inevitabilidad histórica”; los argumentos “emocionales” o “místicos” se fundamentaban en la “afinidad racial” y en la “responsabilidad moral de velar por el bienestar humano” (secularización de la idea calvinista-puritana de que los “escogidos” debían controlar a

²⁶ William H. Stead, *The Americanization of the World, or the Trend of the Twentieth Century* (London, 1902). El libro se tradujo al francés ese mismo año y Rufino Blanco Fombona, desde Ámsterdam, rebatió algunas de sus ideas principales en un folleto de 26 páginas que llevaba el mismo título.

los “condenados” para que no despilfarraran su herencia providencial, la Tierra), y en la idea de que ambos países compartían una herencia política y cultural comunes; los argumentos “prácticos” se referían a la ayuda mutua en cuestiones de política exterior y comercial, cuestiones que quedaron demostradas a lo largo del siglo veinte.²⁷ De particular interés fue, como parte de todo este proceso, el que en 1907 Simeon E. Baldwin confeccionara una lista de Congresos internacionales celebrados desde 1823 hasta 1907 sobre todo los aspectos de las ciencias, el comercio, todas las ramas del derecho, las uniones laborales, el feminismo, y un larguísimo etcétera. Su lista alcanzó un número superior a los doscientos, a pesar de que dejó fuera todos los tratados, pactos y congresos que trataban cuestiones de guerra y paz.²⁸ Las exposiciones mundiales (sin contar las anteriores de la Industria en París) sumaron ocho: desde la de Londres en 1850 a la de San Luis, Misuri en 1904, pasando por las de Filadelfia (1876) y la espectacular Exposición Colombina de 1893 en Chicago conmemorando el cuarto centenario del “Descubrimiento de América”.

Lo que podríamos llamar “americanización del mundo” o “externa” (o aculturación), con todo, no ocurre como en los antiguos procesos de colonización. Los estadounidenses no emigran ni se establecen en países extranjeros. No son los Estados Unidos lo que pudiéramos llamar un agente civilizatorio “extrovertido”, que desplace su gente y se establezca en otro países o ámbitos culturales para producir un cambio cultural. Quizá la realidad actual de las islas cedidas por España nos ilustre un poco esto: de Cuba sabemos lo que le ocurrió por revelarse contra los Estados Unidos; Filipinas es una república que, aparte de los idiomas locales, habla inglés como *lingua franca* a pesar de que sus emigrantes en Estados Unidos, al exhibir sus costumbres y cultura, bailan bailes españoles con peinetas, castañuelas y trajes de lunares; Guam (una isla de 549 Km.², unos 150.000 habitantes) habla inglés y se sostiene gracias al turismo y al negocio que aportan los militares estadounidenses estacionados allí. Y en cuanto a Puerto Rico (8.870 Km.², 3.998.905 habitantes), allí se habla español después de 114 años de régimen estadounidense, y sus ciudadanos son unos ciudadanos estadounidenses que mientras residen en la isla no pueden votar por el presidente ni por su representación en el Congreso – la cual está al cargo de un “comisionado residente en Washington” – porque la isla es “un territorio que pertenece a, pero no forma parte de” los Estados Unidos, es decir, una especie de *ius soli* medieval. De hecho, en la isla los centenares de iglesias cristianas prácticamente han modificado la cultura del pueblo (las antiguas “Fiestas Patronales” Católicas de los pueblos son ahora simplemente “fiestas del pueblo”).²⁹ Allí, la americanización “trabaja por sí sola”, de igual manera que ejerce la americanización en el resto del mundo. Por supuesto, a los estadounidenses tampoco les interesa que nadie sea como ellos; a lo más, lo que buscan sus políticos, mercaderes y banqueros es que

²⁷ Geoffrey Seed, “British Reactions to American Imperialism Reflected in Journals of Opinion 1898-1900”, *Political Science Quarterly*, [vol.] 73, 2 (June 1958): 255-256 (254-272).

²⁸ Simeon E. Baldwin, “The International Congresses and Conferences of the Last Century as Forces Working Toward the Unity of the World”, *The American Journal of International Law*, [vol.]1, 3 (July 1907) 565-78, 808-29.

²⁹ Véase Aida Negrón de Montilla, *La Americanización de Puerto Rico y el Sistema de Educación Pública 1900-1930* (San Juan, Puerto Rico: Editorial Universidad de P. R., 1998), y Samuel Silva Gotay, *Catolicismo y Política en Puerto Rico: Bajo España y Estados Unidos: Siglos XIX y XX*. San Juan, Puerto Rico. Editorial Universidad de P. R., 2005).

se den en el mundo las condiciones (estabilidad política, preferiblemente democrática, respeto a los derechos civiles o humanos, etc., que les permitan llevar a cabo sus actividades, sus “intereses”). La americanización, de cualquier forma que se proyecte (cine, música, vestidos, modos de pensar), depende de lo que elijan las gentes de otros pueblos; son *ellos* los que se americanizan, los que les imitan, lejos, en otros espacios. Mientras, en Estados Unidos las noticias del día siempre son locales.

Consideraciones finales

En las últimas décadas se han pronunciado muchos pensadores, politólogos, periodistas, analistas, intelectuales estadounidenses en el sentido de que el liderazgo global del país está mermando. Algunos lo atribuyen a causas internas y otros a causas externas, pero casi todos coinciden en localizar el proceso a partir del final de la Guerra Fría, de las luchas ideológicas. Las causas externas tienen que ver con los cambios políticos y económicos, los conflictos, el surgimiento de nuevos protagonistas en estas esferas tales como la China, la India... y la situación caótica financiera en Europa y en el propio país. El control financiero a nivel global de los mega-bancos internacionales, el alcance e injerencia de las grandes corporaciones y consorcios en los asuntos de los estados, el papel de las ONG's, son algunos de los temas que se tratan. Inclusive, la existencia de una élite internacional de individuos poderosos y riquísimos (Huntington los llamó “cosmócratas”) para quienes el mundo es solo un lugar de enriquecimiento y que no tienen ya ninguna simpatía ni con los pueblos y sociedades de las que provienen. Viven, decía Huntington, en una “burbuja socio-cultural”, que es la sociedad de los ultra-ricos para quienes su casa es el mercado mundial, no la comunidad nacional, la cual solo existe para enriquecerlos.³⁰

Las causas internas de esta especie de “decadencia” estadounidense, desde la década de 1990 hasta el presente, han sido analizadas desde dos perspectivas diferentes: las culturales, y las políticas y económicas. Las culturales (muy dependientes de los cambios poblacionales y los patrones de la inmigración) recabaron la atención pública a partir de 1991.³¹ El ritmo del aumento de la inmigración legal e ilegal creciente procedente de áreas del mundo que antes emigraban poco (países hispánicos mayormente y la India) y la tendencia de estos grupos no americanizados a crear grandes o pequeñas comunidades étnicas donde se practican usos y costumbres de su país de origen y que conservan su idioma, creó la realidad “multicultural” de las grandes ciudades “cosmopolitas” del país. Cosa que no es nueva, como lo demuestra la historia del mito del “melting pot”, pero que pasó a ser notado debido al crecimiento de esas inmigraciones como “minorías” censadas, esto es, por el volumen de inmigrantes y por los nacimientos. Para el censo del año 2000 ya se decía que los hispanos eran el único grupo, incluyendo el de los blancos y el de los negros, que paría los suficientes hijos como para sustituir

³⁰ Samuel P. Huntington, *Who are We?*, 267.

³¹ Editores, “Who are we?”, *Time Magazine*, New York [vol.]138, 1 (July 8, 1991); Arthur M. Schlesinger Jr., *The Disuniting of America* (New York: Norton, 1991).

sus defunciones. Por otro lado, en los Estados Unidos se reúnen casi todas las religiones del mundo y los musulmanes ya han sobrepasado los números de los Episcopalianos (Anglicanos), los Presbiterianos y los judíos. En cuanto a las causas políticas y económicas, recientemente ha señalado Zbigniew Brzezinski que los problemas urgentes de Estados Unidos son: la deuda nacional, un sistema financiero deficiente, la creciente desigualdad social, una infraestructura decadente, la ignorancia pública debida a una educación deficiente y cara, y la intransigencia partidista de los políticos.³² Por demás, se dice que atenta contra la unidad el apoyo que dan los intelectuales, las universidades y la prensa a lo que algunos entienden como fuerzas de dispersión. A saber: 1) los *universalistas*, que entienden a los Estados Unidos como una “nación universal” y su modo de ser debe ser “el mundo”, de modo que la distinción entre “América” y el mundo iría desapareciendo; 2) los *economistas*, que creen que la globalización económica es una fuerza trascendente que borra las fronteras nacionales y reúne las economías nacionales en un sistema global disminuyendo la autoridad y funciones de los gobiernos nacionales; y 3) los *moralistas*, quienes proclaman que el derecho y las instituciones internacionales son moralmente superiores a las de las naciones individuales y colocan a la “Humanidad” por encima de la nación.³³

Estados Unidos, pues ¿será otra víctima de la globalización? Si tiene tantas religiones, ¿por qué no se dice de la nación lo que se decía de la España medieval, que albergaba varias civilizaciones?, ¿por qué no “toma prestado” de todas ellas? En fin, concluimos con más cabos sueltos.

Profile

Elpidio Laguna-Díaz is Professor Emeritus of Rutgers, The State University of New Jersey (USA). A specialist in civilizational studies, he has held the post of Director of the Iberian/Iberoamerican Civilization Program (Rutgers) as well as being the First Vice President of the International Society for the Comparative Study of Civilizations (1998-2003). He is also a Corresponding Member of the North American Academy of the Spanish Language.

Elpidio Laguna-Díaz es profesor Emérito de la Universidad de Rutgers, The State University of New Jersey (USA). Especialista en estudios sobre Civilización, ha sido Director del Programa de Civilización Ibérico/Iberoamericana de Rutgers y Vicepresidente de la International Society for the Comparative Study of Civilizations (1998-2003). Miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

³² Zbigniew Brzezinski, *Strategic Vision: America and the Crisis of Global Power* (New York: Basic Books, 2012), 46-55.

³³ Samuel P. Huntington, *Who are We?*, 266.

Historiografías, 3 (Enero- Junio, 2012): pp. 8-25.

Fecha de recepción: 15 de mayo de 2012

Fecha de aceptación: 4 de junio de 2012

Publicado: 15 de junio de 2012

Para citar este artículo: Elpidio Laguna-Díaz, “Globalización, Civilización, Americanización: cabos sueltos”, *Historiografías*, 3 (enero-junio, 2012): pp. 8-25,
<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/3/laguna.pdf>